

¡Ojalá que estas líneas que escribo lleno de satisfacción, pudieran ser leídas por el mismo Capitán ó por alguno de los tripulantes del "Pablito," porque no dudo que recordarán con grata fruición cuál fué el comportamiento para con ellos, de los soldados republicanos que defendían los derechos y el honor de México en el "Campamento de Conejo."

cial" algo relativo á este suceso, y cuya lectura la hizo por haber visto que en dicho periódico figuraba mi nombre, el del Sr. Coronel Lazcano, el de Zamudio, Cházaro y Osio, con quienes tenía buena amistad, asegurándome que en él se trataba de la concesión de una cruz.

VIAJE A JALAPA.

Intrigas de los descontentos.—Viaje á Jalapa para prevenir al Gobernador del Estado.—El Coronel D. Félix González.—Vacas Gordas.—Asesinatos en masa.—Sucesos de Camarón.

I

CUANDO en medio de vacilaciones y vaivenes que causan vértigos se atraviesa el pedregoso y espumante río de "Ticolápam" en el Cantón de los Tuxtles, por medio del puente colgante construido con bejucos atados á robustos y seculares árboles que bordan ambas orillas del abismo, y que se conoce con el apropiado nombre de "La Hamaca," se entra desde luego en los montañosos terrenos del "Ubero," bajando penosamente por entre gigantesca arboleda, cuyas raíces enormes están al descubierto dificultando el paso á los caballos, hasta "Mata Vaca" en que ya el terreno es plano y conduce al "Mesón," donde se bifurca el camino: una de estas bifurcaciones conduce á Tlacotalpam atravesando inmensas y magníficas llanuras y praderas sembradas de "hatos" y haciendas; y la otra, la que sigue en línea recta, después de atravesar el imponente y peligroso bosque de "Tulápam" que se antemura á la playa del mar, terrible por las innumerables víboras, serpientes y otros reptiles venenosos, amén de las fieras que en él abundan, desemboca á la expresada playa en el punto titulado "Los Fierros," donde hay plantada una gran cruz de madera, en uno de cuyos brazos se lee pintada con

gruesos caracteres negros esta palabra: "Alvarado," y por la parte opuesta, en el opuesto brazo, esta otra "Mesón:" claro es que estas son indicaciones precisas para orientar á los viajeros.

Pues bien, en la tarde del día 12 de Abril de 1863, á la vez que dos hombre cruzaban la "Hamaca," un tercer ginete en un caballo rucio, y conduciendo de la brida otros dos, negro como el azabache el uno, y blanco como un copo de nieve el otro, pasaba el río cargado al pie de la montaña que lo encausa, y de la cual toma su nombre. El paso era penoso, pero al fin arribó felizmente á la orilla opuesta y comenzó á escalar no sin dificultad la pendiente que sube hasta la mesa de la montaña, después de haber dado algunos minutos de reposo á las tres cabalgaduras. Cuando encumbró la enhiesta montaña, ya estaban esperándolo los viajeros que habían pasado el puente colgante, el enorme cestón llamado la "Hamaca."

Eran éstos el Capitán X....., Jefe de Estado Mayor del Coronel Lazcano y su inseparable asistente, y un Ayudante, el alférez Rojas: éste montó el caballo negro, y aquél el blanco; y seguidos del fiel Prudencio, comenzaron á descender á la parte plana del camino, donde por ser bien practicable pudieron poner sus caballos á media rienda, y llegar en un tiempo relativamente corto, ya al obscurecer, al "Mesón," sin más accidente que un soberano batacazo, sin consecuencias, que dió el pobre Prudencio, por haber metido las manos su *manco* en una de las raíces de un añoso árbol ya casi al llegar á la planicie.

Una vez instalados en lo que bombásticamente podía llamarse el comedor, donde pobres y mal condimentadas viandas restauraron sus fuerzas, el alférez tomó la palabra.

—¿No sería indiscreto, Capitán,—preguntó entre tímido y lleno de confianza—si quisiera saber á dónde vamos?

—De ninguna manera, compañero,—contestó el interpelado;—de momento, vd. prosigue su camino dentro de una hora hacia el campamento de "Conejo," para entregar al Co-

mandante Zamudio un pliego que ahora le daré y los dineros que lleva vd. en las *cantinas* de la silla. Prudencio partirá al mismo tiempo para Tlacotalpam, á fin de que el Comandante Enríquez tenga tiempo para prepararnos una escolta de caballería que deberá seguir con nosotros; y yo sigo hasta "Salta Barrancas" donde tengo algo que hacer con Cinta. Hoy es jueves, y jueves santo por más señas;—agregó en seguida—mañana viernes en la tarde lo espero en Tlacotalpam, y el domingo, apenas comience el día, emprenderemos la marcha hacia Jalapa, á donde me llevan asuntos de interés para con el Gobernador y Comandante Militar del Estado.

Rojas permaneció en silencio un momento, como si estuviera reflexionando, y luego dijo de una manera concisa y seca:

—No conozco el camino que hemos de seguir, ¿y vd?

—La mayor parte, y no necesito guías para recorrerlo. Nuestro itinerario será el siguiente: de Tlacotalpam á Acula, el Cacique, la Laguna del Lodo, la Pajarera, hasta el Cocuite, donde dormiremos el primer día: después á Paso de Santa Ana, que es un camino de dos horas; pero ahí permaneceremos el resto del día, pues tengo que revistar una fuerza de caballería que ha dado de alta el antiguo insurgente Coronel D. Félix González, al cual, además, debo entregar un revólver que nuestro jefe le envía como obsequio. Entre dos y tres de la mañana emprenderemos la marcha hacia Cotaxtla, siguiendo por Cueva Pintada hasta Vacas Gordas: en este punto descansaremos sólo un par de horas, pues llegaremos, según mis cálculos, á eso de las ocho de la noche: de modo que, montando á caballo á las diez, pasaremos el camino real de Veracruz á Córdoba, entre el Camarón y Paso del Macho, por un punto que se denomina Paso del Muerto según unos, ó de Tío Tonche según otros, á las veinticuatro horas de haber salido de Santa Ana: una vez que hayamos atravesado el camino, ó seguimos por Matlaluca y la Florecita para Huatusco, ó bien, oblicuando á la derecha, llegaremos al mismo

punto, por Mata Coyote, Máfara, Angostillo y San Jerónimo Zentla.....

—Me ocurre, Capitán,—interrumpió el Alférez—que ¿por qué no seguimos derecho, en lugar de cambiar de dirección?

—Por la sencilla razón—prosiguió el Capitán—de que, como están subiendo hacia Puebla las últimas tropas francesas que llegaron á Veracruz para cerrar el cerco de aquella ciudad, es casi seguro que habrán acampado ó acamparán algunas de ellas en esos dos parajes; y en este caso, como la caballería del asesino Dupin está encargada de cuidar los campamentos, es natural que esté explorando los alrededores, á causa del último *seco* que les dió la guerrilla Escobar. En Vacas Gordas pediré un guía, y sabremos por el Comandante del punto, el viejo Molina, á qué debemos atenernos sobre este particular, pues malditas las ganas que tengo de que nos escabechen.

—¿A ver si no podemos pasar, Capitán!

—¿Que no? ¿Y quién nos lo ha de impedir? ¿Los franceses? ¡Bah! La distancia es larga entre uno y otro campo, y nosotros atravesaremos por el centro de ambas posiciones. ¿La caballería? Aprovecharemos el momento en que esté avanzada á uno ú otro lado del camino; y si, en último caso, nos descubren nos defenderemos, ¡pardiez! Nosotros seremos catorce ó quince, y ellos ochenta ó cien, pero catorce ó quince hombres, bien montados y resueltos á pasar, pueden hacerlo por enmedio de doscientos. Con uno solo que llegue á Jalapa, sobra y basta: el que escape desempeñará la comisión, para lo cual, antes de atravesar el camino, diré á todos el objeto de ella, y así tendré la conciencia de que será cumplida.

—Pues supongamos que hemos pasado,—insistió el Alférez, que era tan terco como zocarrón y valiente—¿falta todavía mucho para llegar?

—No: saldremos de Huatusco á media noche, puesto que nos favorece la luna: pasaremos, sin que nadie lo sienta, San Bartolo, pintoresco pueblecillo que está recostado en la lade-

ra de la montaña, y llegaremos á Pinillos: de ahí con un nuevo guía, en las primeras horas del alba, atravesaremos la peligrosísima cuesta del “Volador,” donde, á la izquierda, el viajero se cierne sobre un abismo tan profundo, que apenas la vista alcanza á descubrir el fondo y entrever, como una delgada cinta de plata, el río que lo atraviesa; en tanto que á la derecha puede admirar la enhiesta y elevada cumbre cuyos añosos y gigantescos árboles han visto perecer á más de un traficante en el transcurso de los siglos. Nosotros pasaremos de todos modos, como han pasado otros, y asimismo pasaremos el río de la Junta en la “balsa” que surca sus cenagosas y oscuras aguas, para luego encumbrar la empinada calzada que nos llevará á la hacienda de “Tusamapa;” y por último, siguiendo la cañada de “Pacho,” llegaremos al fin á Jalapa.

—¡Ah!—suspiró el Alférez—¡por fin hemos llegado, Capitán! ¡No parece sino que ya hicimos el viaje; este largo camino, según me sientó de cansado!

—Nos queda el rabo por desollar, amiguito: he marcado el itinerario que me ha dado el Coronel Carrillo; pero ¿sabe vd. cuántas leguas hay desde San Andrés, de donde hemos salido, hasta Jalapa, por el camino que ya haremos? ¿Sabe vd. los peligros que correremos?

—No, por cierto,—contestó Rojas, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues es una friolera: unas ciento quince leguas, que deberemos recorrer en sesenta horas á lo más, con todo y las que tengamos de descanso..... y algo así como que nos ahorquen si nos agarran.

—¡Cien leguas! ¡Adiós caballos.....! En cuanto á que nos ahorquen..... lo veremos despacio, Capitán.

—No hay cuidado: por mi parte, dejo el “Conejo” en Tlacotalpam, y tomaré el “Exquisito,” con el cual seguro estoy de llegar perfectamente, sin que me alcance nadie en caso de tener que huir: en cuanto á vd.....

—¡No! lo que es el "Azabache" no me deja en medio del camino; ya vd. lo conoce, Capitán: lo decía yo por los de la escolta.

—Ya encargo á Juan que monte bien la tropa, y mañana se lo repetiré verbalmente. Además,—prosiguió el Capitán—vamos provistos de órdenes terminantes para todas las autoridades del tránsito, y donde nos falten caballos los pediremos.

—¿Y si no nos los quieren dar? Porque bien pudiera suceder que algunos de los que son autoridades se resistan..... ¡Como hay tantos *mochos* á quienes uno no conoce.....!

—¡Pues nos los cogemos! ¡pardiez! Y de paso pudiera acontecer algo feo á los rebeldes. ¡Como que el Coronel Milán no se tienta el pelo para fusilar traidores.....!

—¡Listo, mi Capitán!—interrumpió Prudencio, entrando en el comedor.—¿Ya me puedo ir?

—Sí, amigo: parece que tienes mucha prisa por llegar á tu tierra.

—¡Figúrese vd., señor! ¡Si ya hace tres meses que no veo á la morena.....!

—Pues al avío, *Comendador*,—le replicó X..... con tono festivo—ahí tienes ese pliego para el Sr. Comandante Enriquez: dile que mañana á medio día me espere á comer; y que entretanto prevenga al pagador que me tenga dispuestos haberes para un mes..... ¡Ah! se me olvidaba; que entre los doce hombres de la escolta vayan los Gorrita, los dos Lagos, Abraham Duarte y Juan Rosas: que necesito toda gente de pelea porque la cosa es seria..... ¡Adiós!

Prudencio saltó ligeramente sobre su rucio, y partió á toda prisa, contento como sonaja alegre, entonando los siguientes versos, en música de la *petenera*:

Siempre guayabo has de ser,
Pos guayabo te conocí;
Y los milagros que tu hagas,

El viento y la distancia no dejaron oír el final de la canturía: el buen Prudencio, además *taloneaba* de lo lindo á su *manco* como él decía. ¡Ya se ve! Iba á ver á su *morena*, como él llamaba modestamente á su mujer, que era una jarochoña de grande alzada y de no mal fusté.

El Alferez Rojas partió también una hora más tarde con rumbo hacia la playa para entrar al campamento por "Los Fierros;" y por último, el mismo Capitán se dirigió en la madrugada á Salta Barranca, de donde salió directamente para Tlacotalpam dos horas después.

II

Las medidas de represión para los malvados, los abigeos y los infidentes, dictadas por el Coronel Lazcano, así como las que dictó para preparar el territorio cuya guarda se le había confiado, para no ser sorprendido por el enemigo y encontrarse dispuesto á todo evento para defenderlo hasta el último extremo, creó una facción hostil, á la cual se afiliaron todos los descontentos y aquellos que no podían medrar á su lado con la cosa pública, ó disponer á su antojo, como en épocas anteriores, de los destinos que les proporcionaban la oportunidad de cometer todo linaje de arbitrariedades en beneficio propio. En Acayúcam y Minatitlán, en los Tuxtlas, Cosamaloápam y Tlacotalpam, y, á pesar de estar ocupado por los invasores, Alvarado, encontró eco este descontento, si bien entre pocas y bien conocidas personas desafectas á su gobierno, ó con más propiedad al orden de cosas que estableció;¹

¹ D. José Collazo, D. Antonio Rodríguez, D. José M^a Lagos, D. Pedro García Mantilla, D. Bonifacio Solana, D. Manuel Gastañaga, D. José Antonio Ruiz, fueron los principales que formaron la oposición, bajo cuerda, tratando de desacreditar al Coronel Lazcano, lo que no pudieron conseguir jamás: algunos habían sido separados de empleos que disfrutaban en la época de Larragoiti, con gran disgusto de las personas de buen juicio y criterio, aplaudiendo la medida. D. Emeterio Ruiz y D. Salvador Román tenían resentimientos particulares con el Coronel Lazcano, y eran los que en Acayucan y Cosamaloápam trataban de ridiculizar sus actos.

pero como la gran mayoría de los costeños supo apreciar las dotes administrativas y conciliadoras del Coronel, de ahí que no se atreviera nadie á manifestar su descontento, y menos aún á intentar un cambio de personal, yendo á parar todos aquellos chismes y cuentos á Alvarado, donde estaba el núcleo, por decirlo así, del complot que se preparaba.

No contaban, sin embargo, con la huésped. En esa población precisamente residía uno de los mejores amigos del Coronel, D. Francisco Tejeda, adicto á la causa nacional, según se recordará, y el cual, desde nuestra salida de dicho punto, asumía el carácter de agente privado, como lo tuvo en Medellín D. Pablo Campos, cuando Alvarado estaba bajo la obediencia de la República. Así, pues, cuanto allí se decía ó se trataba respecto de aquel Jefe, por informes falsos las más veces de los descontentos de la costa, llegaba á su noticia con toda oportunidad.

Ya en los últimos días de Marzo (1863), las noticias fueron más alarmantes, pues se trataba de enviar un comisionado á Jalapa, lugar de la residencia del Gobernador y Comandante Militar del Estado,—decían—*para hacerse intérprete de los hijos de la costa*, mal informando del Coronel, y pidiendo su relevo del mando; y como ignoraban que éste estaba al tanto de lo que se tramaba, y sabían positivamente que nuestras relaciones con el Gobierno estaban cortadas con Jalapa, por la incomunicación rigurosa que existía entre la costa y las poblaciones intermedias ocupadas por el enemigo, creían seguro el éxito.

En el acto dispuso el Coronel la salida de dos oficiales conocedores del terreno, para que condujeran unas comunicaciones al Gobierno del Estado, en los cuales le daba aviso de lo que se tramaba, para impedirlo; pero esta comisión fracasó, pues los referidos oficiales regresaron dos días después de haber salido de Tlacotalpam, manifestando que no podían pasar el camino, porque según noticias que habían adquirido, una columna del ejército francés mandada por el General

Douai acampaba entre Paso de Ovejas y el Puente Nacional, á la vez que el gran bandido Dupin, con su feroz contraguerrilla recorría el camino de Veracruz á Córdoba, para asegurar la marcha hacia Puebla de la división de Africa y de las tropas que Napoleón III había sacado de Roma para concurrir al perfeccionamiento del sitio de la ciudad heroica, que después de haber laureado su nombre en la jornada del 5 de Mayo del año anterior, debía inmortalizarlo legándolo á la historia, por la valiente defensa y honrosísima capitulación de 1863.¹

Una segunda comisión que salió dos horas después, no tuvo mejor resultado; y á fe que el tiempo urgía, pues las últimas noticias de nuestro agente en Alvarado señalaban ya una fecha próxima para la salida del enviado, cuyo nombre daba, por la vía de Jalapa. Los oficiales nombrados para formar esta segunda comisión regresaron á Tlacotalpam, refiriendo mil cuentos inverosímiles, con el objeto de disimular el ridículo y la vergüenza que sobre ellos recaía; y como el Coronel Lazcano había salido para San Andrés, pasando primero por "Conejo," esta circunstancia hizo que desgraciadamente se perdieran cuatro días, tiempo que era posible que aprovechara el enviado de los malcontentos. Por fortuna tanto el Coronel como su Secretario de campaña conocían personalmente al individuo, y estaban seguros de que no haría jornadas largas, ni osaría pasar por entre las líneas enemigas, pues no era hombre de armas tomar, sino que daría rodeos para evitar cualquier percance que pudiera serle funesto durante

¹ En la "confesión con cargos" que se tomó al Mariscal Bazaine durante la secuela del proceso que se le instruyó por la capitulación de Metz, el Duque d'Aumale, Presidente del Consejo de Guerra que lo condenó, le apostrofó de una manera terrible por un descargo que el procesado hizo al reconvenirle por la entrega del armamento y banderas de los cuerpos al ejército prusiano. "Eso —le dijo— no se encuentra en ningún tratado de guerra, se encuentra en el corazón y el patriotismo de los ciudadanos. Los soldados mexicanos rompieron sus armas y quemaron sus banderas para no entregarlas á Forey."

la travesía. El camino que tenía que recorrer era de unas sesenta leguas siguiendo la línea más corta; pero si daba rodeos, podía adicionarse en quince ó veinte horas más, lo que era bastante para que su marcha se prolongara demasiado, dando lugar á que se le aventajara.

El jueves santo, entre once y doce del día, se presentó la segunda comisión á dar cuenta del mal éxito de su cometido. El Coronel disimuló el justo enojo que esta demora le produjo; y después de ordenar á los dos oficiales que al día siguiente se regresaran al campamento, se encerró con su Secretario en su despacho.

—Capitán,—le dijo luego que estuvieron solos—es indispensable que alguno llegue á Jalapa, pero en este momento sólo podemos disponer aquí de oficiales incapaces para esta clase de comisiones.....

—Deme vd. sus instrucciones, y dentro de dos horas estoy en camino.....

—Imposible..... me hace vd. mucha falta aquí.....

—Más necesario es ir á Jalapa, mi Coronel, á donde estoy seguro de llegar, ó al menos, de que el señor Gobernador sabrá lo que se trama por acá.....

El Coronel meditó un momento.

—Bien,—contestó luego—estoy seguro de que en efecto llegará vd., y de que el Coronel Milán no será sorprendido por nadie. ¿Irá con vd. Rojas?

—Es mi ayudante, señor, y además es todo un hombre de valor, y son los que necesito. Quisiera también una orden para el Comandante Enríquez, á fin de que me prepare una escolta de doce dragones escogidos, y requisitorias para proporcionarme en el camino cuanto necesite..... no importa la pérdida de dos días ó tres más, pues correremos para llegar á tiempo.....

—¿Conoce vd. el camino?—le preguntó el Coronel.

—En mucha parte sí; y ya sabré escoger buenos y seguros guías donde sea necesario. Además.....

El Capitán no terminó la frase; parecía que le apenaba lo que iba á decir.

—Entiendo;—dijo sonriendo el Coronel—encuentra vd. poco gloriosa la campaña que ahora hacemos por aquí.

—Mi Coronel,—prosiguió el Capitán resueltamente—vd. sabe que no soy ingrato, pero no ignora que aunque con un retardo de cuatro meses, acabo de recibir la orden del Ministerio de la Guerra para que pase á incorporarme al Ejército de Oriente, en calidad de Ayudante del señor General Mendoza; y si vd. me lo permite.....

—Es justo:—le interrumpió Lazcano—es vd. joven y tiene aspiraciones por ascender. Bien; pero ofrézcame vd. una cosa.

—¿Cuál?

—Que si no puede vd. llegar hasta Puebla, porque ya esté cerrado el sitio ó por otro motivo cualquiera, volverá á mi lado. Muchó me temo,—prosiguió después de un momento de silencio,—que el Coronel Milán, á cuyas órdenes ha servido vd. tanto tiempo, quiera retenerlo á su lado, si fracasa el paso para Puebla.

—Lo ofrezco solemnemente:—contestó el Capitán poniéndose de pie—si no puedo pasar las líneas francesas, y preciso será que los obstáculos sean insuperables, señor, regresaré al lado de vd.

Un ligero golpe dado á la puerta de la habitación indicó que alguno quería entrar. Era, en efecto, el dueño de la casa donde estaban alojados de una manera espléndida, que iba á invitarlos para comer.¹

En pocas palabras lo puso el Coronel al tanto de lo que ocurría, mientras el Capitán hacía avisar al Alférez Rojas que se dispusiera á marchar dentro de dos horas, y á su asistente que preparara sus caballos y equipo inmediatamente.

¹ El Sr. D. Manuel M. Palacios, en cuya casa se alojaban siempre el Coronel Lazcano y el que esto escribe, siendo tratados con toda la hidalguía y afecto que distinguen á tan honorable familia, y cuyos rasgos son el tipo general de los sanandrescanos.

Poco después se presentó el Coronel D. Francisco de P. Carrillo, del Cuerpo Médico Militar, que había llegado de Huatusco con el objeto de restablecer su salud; y enterado del caso, y como hombre práctico, formó el itinerario que el Capitán debía seguir á partir de Tlacotalpam, agregando al personal de la escolta á su asistente que debía regresar al lugar de su residencia.

El Capitán partió, pues, provisto de órdenes muy terminantes para las autoridades militares de todo el camino que debía recorrer, y con instrucciones reservadas que completaban su comisión: otras para el campamento de "Conejo" y las necesarias para que el Comandante Militar de Tlacotalpam hiciera que lo acompañara una escolta de caballería.

Prosigamos después de haberlo visto pasar el río de Tecolámpam, y hacer alto en el Mesón.

III

En las primeras horas de la mañana del domingo de Pascua tres ginetes, al paso de sus cabalgaduras, atravesaban el río del "Cabezón" ó "Chiquito," seguidos á distancia por un grupo de caballería, á cuyo frente marchaba un oficial. A lo lejos se oía el alegre tañido de las catupanas que anunciaban la procesión de "Resurrección," y en sentido inverso al camino que seguían nuestros ginetes, gentes de á pie se dirigían presurosas al lugar de la cita común para engrosar el número de creyentes, ó curiosos, que asistían á la religiosa farsa, última en su género, que se representa en la costa de Sotaventó.

Ya se habían promulgado las sabias Leyes de Reforma, por las cuales se combatía todavía, aunque bajo distinto pretexto y con otro enemigo transportado de allende los mares, pero aún no se había roto del todo con el pasado.

Excusado parece decir que uno de los tres ginetes era el Capitán X....., á quien dos días antes hemos dejado en ca-

mino para Salta Barranca; de los otros dos que lo acompañaban, uno era el Comandante Enriquez, y el Teniente Coronel Carrión el segundo, quienes como un tributo á la amistad y al compañerismo, iban á encaminarlo hasta la "Boca de Acula," donde se separarían, quizás para no volver á verse más.

En cuanto al grupo de ginetes que los seguía de cerca, fácil es comprender que era la escolta de que había hablado el Alférez Rojas, y que éste mismo era el que iba á su frente: otro ginete que parecía rezagado, pero que en realidad la negligencia con que dejaba marchar su caballo y el aspecto de somnolencia que presentaba, no eran sino efectos de un mal humor de todos los diablos, era el inseparable el indispensable Prudencio, el asistente de todas las confianzas, á quien se le hacía cuesta arriba abandonar nuevamente á su *morena*.

La escolta marchaba tanto ó más silenciosa que Prudencio; y el Alférez, ocupado en saborear un enorme puro de las mejores vegas de Jáltipam, maldito lo que se cuidaba de nada. Con el *jarano* sobre las cejas, y envuelto en un sarape legítimo saltillense, las espirales que se desprendían del *veguero* determinaban su marcha. "Azabache," su caballo, conocía bien el camino; y con la rienda floja, pero firme, seguía á sus tres congéneres de vanguardia, guardando siempre la misma distancia.

En cambio los tres camaradas conversaban alegremente: el Capitán, de las dificultades con que podía tropezar á través de las líneas enemigas y llegar primero á Jalapa, y después á Puebla, que era su sueño dorado, y el modo de superarlas; y sus compañeros, de un magnífico baile que esa noche daba una de las familias de más valía¹ y al cual ambos esta-

¹ La del Sr. D. Bernardo Silva: fué, en efecto, un baile de fantasía que dejó recuerdos para la crónica de muchos días, no sólo por la esplendidez que desplegaron los dueños de la casa, sino porque hubo un incidente punible y escandaloso, promovido por algunos individuos que penetraron al salón, disfrazados, sin ser de los invitados.